

# LA CATEQUESIS COMO TESORO Y DESAFÍO,

por **Cristina López.**

Para mí el solo hecho de llegar a Roma fue ya una experiencia de fe, porque evoca la comunión con el Papa y la comunión de la familia cristiana. Contemplar de cerca o de lejos la Basílica de San Pedro, con un sin número de personas de razas y culturas tan distintas, pero con una fe común, me hizo respirar el realismo de la Iglesia viva que no es ideología u ocurrencia de unos cuantos, sino que es cuerpo místico de Cristo. La “barca de Pedro”, la Iglesia... con su historicidad, su sacramentalidad, se actualiza en cada uno de nosotros, los cristianos, al orar o ser convocados por el mismo Espíritu.

Para mí fue una gran riqueza la temática abordada en el congreso: “El catequista testigo del misterio”. Fue una buena noticia el reconocer la sublimidad del catequista como testigo del misterio divino, descubrir su carácter apostólico evangelizador. Fue motivador y atrayente. Tal vez no nuevo porque lo sabemos, pero si reconfortante para las fatigas del servicio catequístico, que a veces parecen interminables o infecundas.

Llegar a Roma como grupo fue una de las experiencias más significativas, porque éramos no un grupo de turistas, ni de peregrinos x, sino un grupo de catequistas y de los diversos estados de vida. Éramos una laica con treinta años de matrimonio, un joven laico, tres presbíteros y tres religiosas. Constituimos una experiencia de familia eclesial muy completa -es así cuando la fe crea lazos y experiencias que nos identifican y nos ayudan a crecer y caminar como comunidad-, hermanos en Cristo caminando a la par. También destaco la alegría de encontrar catequetos conocidos como Álvaro Ginel, o Juan Carlos Carvajal, o ex compañeros de la Pontificia Universidad Salesiana, todos catequetos. Fue una ocasión magnífica para estrechar lazos de amistad y encuentro, saber que hay un hilo de oro que nos une, que nos ha hecho hermanos y que nos desafía a seguir trabajando en la viña del Señor: La catequesis nuestro tesoro y desafío.

Y como en todo grupo humano, no faltaron las peripecias, como perderse en una ciudad poco conocida, mojarse bajo la lluvia y tener que comprar un paraguas, coger el bus que iba en sentido contrario... Todo esto fue la pimienta que acabó de darle sabor a esta hermosa aventura. Y para cerrar con broche de oro, rezar juntos, recoger el día en comunidad, cenar con calma y dialogar como si fuésemos grandes amigos de toda la vida. Fue verdaderamente como sentarnos a la mesa con Jesús y reconocerlo en cada uno.